

Prof. Jaime Alberto Carmona P.
 Psicólogo-Psicoanalista
 Universidad Luis Amigó-Medellín
 e-mail: jcarmona@sembrador.amigomed.edu.co

CLÍNICA, POLÍTICA Y PSICOANÁLISIS (A propósito de los cuatro discursos de Jacques Lacan)

¿Cuál es el lugar del psicoanálisis en la historia de las prácticas clínicas de nuestra cultura? Para responder a esta pregunta es menester definir, así sea someramente, lo que entendemos por cultura y por psicoanálisis. Una vía para cernir nuestra cultura actual es pensarla a la luz del proceso de imbricación entre el saber y el poder en la historia de occidente que se consolida según Michel Foucault a partir del siglo XVI y que da lugar a la configuración de lo que Jacques Lacan formula como el “discurso universitario”. En lo que se refiere al psicoanálisis, acaso el camino más indicado para definir su especificidad sea remitirnos al mito fundador. Empezaré por la fundación del psicoanálisis y en el camino aportaré algunos elementos sobre la perspectiva de abordaje de la noción de cultura que acabo de esbozar.

Lo que propongo llamar el mito fundador del psicoanálisis se construye en torno a un hecho referido por Freud. Le ocurrió en el año 1889, en un momento en el que trataba de operar una curación, con la técnica hipnótica del doctor Josef Breuer. Freud relata que trataba de conducir a su paciente, la Señora Fany Moser, que aparece en el historial clínico como Emy de N., a lo que él creía era la causa de sus dolores estomacales y la paciente se mostraba renuente. Dice Freud: “... y bete aquí que (la paciente) me dice con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme. Yo convengo en ello...”¹

Este hecho es referido por Freud y retomado por los historiadores del psicoanálisis como el hito que marca el paso de la prehistoria hipnótica a la historia del método psicoanalítico de la asociación libre. En este breve relato se condensan múltiples elementos con

alcances importantes. Trataré de comentarlos.

La expresión de descontento de la señora Moser con el estilo directivo de Freud, denuncia que los esfuerzos del joven médico vienen por su bien-estar estaban redundando en exacerbar su mal-estar. Este gesto podemos pensarlo como una expresión concreta de un malestar más generalizado: el abordaje médico de las neurosis opera en la misma dirección de los efectos del poder del saber que están en la base de la neurosis misma.

Es importante advertir aquí que el malestar que conlleva el devenir sujeto en nuestra cultura, no tiene que ver con fallas en los saberes que la organizan, sino todo lo contrario, tiene que ver justamente con su eficacia; el malestar en nuestra cultura es correlativo a la eficiencia de los saberes que, organizados en un universo signifiante, un Otro (con mayúscula), articulados como proyecto cultural, trazan mediante innumerables demandas las coordenadas de la experiencia vital de los seres humanos inscritos en dicho proyecto.

El ser humano, dice Lacan, es “...el sujeto capturado y torturado por el lengua-

¹ S. FREUD. “Estudios sobre la histeria”, En Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu ed. 1976, 2:84.

je..."² Quien se ha confrontado en su relación con el lenguaje, en una experiencia analítica, ha podido constatar que "capturar" y "torturar" no son en este caso, metáforas militares, sino palabras llanas plenas de sentido que remiten a lo que Lacan llama "la nueva tiranía del saber";³ esa tiranía de los significantes en que se cifran las demandas del Otro, en otras palabras, al poder del discurso universitario.

EL UNIVERSITARIO DOCTOR FREUD

Volvamos al mito de fundación del psicoanálisis; el joven Doctor Freud con toda su voluntad de curar, con lo mejor del saber médico existente en la época, estaría en el lugar del agente del discurso universitario (S2), interpelando en el lugar del otro a un lugar vacío ("a"): una falta de saber de su paciente sobre su malestar; intentando llenar esa falta con sus significantes, apalabrándola, proponiéndole un sentido a sus dolencias, preguntándole de dónde viene esto, o estotro... El producto de esta operación no podía ser otro que un malestar sintomático exacerbado (\$)..⁴; efectivamente la paciente le expresó su descontento. La acción de Freud como médico vino a constituirse, en ese caso, en una demanda más que se articulaba en el conjunto de demandas del gran Otro cultural, que estaban en la base del malestar de la señora Fany Moser. Y la verdad subyacente a esta operación no era otra que el ejercicio de un

poder, en este caso, del poder de la medicina; emblema excelso del discurso universitario, paradigma de las profesiones liberales, pilares del proyecto ético social en medio del cual irrumpe el psicoanálisis.

El discurso universitario es, dice Lacan, una versión moderna del discurso del amo; en otras palabras, es la operatoria del saber al servicio del poder. Los efectos de malestar del discurso universitario dan lugar a la propalación de otro discurso, el discurso histórico. Manifestaciones del discurso histórico han existido en todas las épocas bajo diversas formas. Pero es en medio de la euforia racionalista y productiva del siglo XIX que la histeria se torna en una problemática de particular interés para el saber médico y termina por convertirse en uno de los grandes desafíos clínicos del fin de este siglo. Una breve referencia al discurso histórico puede ayudarnos a avanzar en la reflexión sobre el contexto cultural en el que aparece la clínica psicoanalítica.

EL DISCURSO DEL MALESTAR

El discurso histórico podríamos llamarlo, para los efectos de esta reflexión, el discurso del malestar, lo cual desde el punto de vista político resulta bastante interesante. En el lugar dominante del discurso histórico lo que aparece es el sujeto expresado en la división de su síntoma (\$). El otro que es interpelado por el agente del discurso histórico es, nada menos que, el amo (S1), pero ya no en su pretendida plenitud sino en su impotencia. En el lugar de la producción está un saber, y en el lugar de la verdad hay un plus de goce (a)⁵.

Dicho de otro modo, en el lugar

del agente del discurso histórico estaría la señora Moser, mejor aún, su síntoma; más precisamente, un sujeto que escribe su división dolorosamente en el tejido corporal de esta mujer. En el lugar del Otro está el médico Freud recién recibido, un amo bastante confundido que no sabe qué hacer con su saber; la verdad que sostiene este discurso histórico es un goce torturante que, a fuerza de no poder apalabrarse, grita por todos los poros del cuerpo de esta mujer. La producción de este discurso es un saber...un saber inédito, nada menos que el fundamento mismo del psicoanálisis.

En este sentido, podemos pensar la histeria como "el mal del saber", en el doble sentido del genitivo, es decir, como el mal-estar subjetivo efecto del saber, y a la vez como lo que le hace síntoma al saber, lo que pone al saber en falta.

UNA CLÍNICA DE LO PARTICULAR

El gesto histórico de Freud con la paciente mencionada, ese "yo convengo en ello" (dejar de apalabrarla y permitirle decir lo que se le ocurriera), implicó en esas circunstancias admitir su castración como amo del saber curar. Pero el mérito freudiano no radica tanto en admitir esa castración, como en asumir ese hecho en sus consecuencias últimas, es decir posicionarse y sostenerse en esa falta de saber que le fue puesta en evidencia. Este es el acto fundador de la práctica analítica. Allí donde la clínica de lo general encontró su límite, Freud construyó una escucha para una verdad singular que no había encontrado las palabras para decirse; y fundó con ello una clínica de lo particular.

Freud funda el discurso psicoanalítico a partir del momento en que se

² J. LACAN. "El seminario", *Las psicosis*, Barcelona. Paidós ed. 1992; 3:350.

³ J. LACAN. "El seminario", *El reverso del psicoanálisis*. Barcelona, Paidós ed. 1992; 17:32.

⁴ S2 a
S1 \$

⁵ \$ S1
a S2

sostiene en el lugar de la falta de saber y hace de esa falta el semblante del objeto que, justamente por faltar, causa el deseo: el objeto “a”, a partir del momento en que interpela desde allí al sujeto (\$) que emerge en la división sintomática de la señora Moser, lo cual da lugar a que caiga, como producto de la operación el significante amo (S1) en que se había entrabado el ser de esta mujer⁶.

Precisemos: en la confrontación histórica entre el discurso universitario y el discurso de la histeria, acontecida en el gabinete médico ubicado en el número 19 de la calle Bergrasse en Viena, el psicoanálisis no apareció del lado del saber médico que hacía de agente del discurso universitario, pero tampoco del lado del yo de la señora Moser, ni de los significantes de su demanda. Apareció del lado del síntoma y de la verdad del sujeto que insistía en él.

DARLE LA PALABRA AL SÍNTOMA

La toma de partido del psicoanálisis radica justamente en darle la palabra al síntoma y esto implica que el psicoanálisis mismo se torne, digámoslo así, sintomático. Esta política psicoanalítica implicó invertir diametralmente el lugar que hasta ese momento había ocupado el síntoma en la historia de las prácticas clínicas: lugar de una irregularidad indeseable a combatir, o de un signo perceptible de una patología encubierta. El psicoanálisis aborda el síntoma como el lugar de “un producto comparable a una escritura jeroglífica signada sobre el cuerpo y susceptible de interpretación”⁷. En otras palabras, como un tex-

to apócrifo en el que está cifrada la verdad de un drama humano.

Al respecto Daniel Gerber dice: “Las características que distinguen al síntoma llevan a Lacan a afirmar que la operación freudiana puede denominarse operación del síntoma, tanto porque es con el síntoma que ella opera como porque de lo que se trata es de hacer operar al síntoma. Y esta operación ‘se distingue por articular en claro el estatuto del síntoma con la verdad’”⁸. El dispositivo analítico consiste en disponer el escenario para que el síntoma efectúe su trabajo.

Quiero llamar la atención sobre las profundas implicaciones, no sólo clínicas, que tiene un planteamiento como éste. Por que es justamente lo que hace de la práctica analítica algo totalmente inédito e insólito; no solamente le da la palabra al síntoma, sino que le construye un espacio para que despliegue su producción, sus contradicciones, su saber sobre la verdad. Es por ello que el analista no es amo de la dirección de una cura, porque el poder –si es análisis lo que acontece en un consultorio– lo tiene el síntoma, el cual, a diferencia de cualquier “yo”, no es proclive a la corrupción.

Darle la palabra al síntoma es fundar un nuevo modo de hacer lazo socialmente. Un lazo en el que alguien que se posiciona, no en el lugar de un amo que somete, ni de un saber que promete, ni de un síntoma que denuncia, sino en el lugar de semblante de una falta que provoca...que suscita el deseo. Con el silencio de su propia subjetividad, el analista hace posible que el su-

jeto produzca ese saber que supone ignorar, y que a fuerza de ignorarlo se constituye en un amo que lo tiraniza.

EL PSICOANÁLISIS Y LOS SABERES

El impacto cultural de la fundación de este nuevo lazo social, que consiste en darle la palabra al síntoma, no se reduce a los efectos directos en los sujetos que han hecho una experiencia analítica... El dispositivo analítico desde su aparición se constituyó, como práctica, en un paradigma que interpeló de un modo profundo las prácticas de muchos científicos sociales: antropólogos, sociólogos, psicólogos, psiquiatras, y educadores entre otros, han interrogado sus respectivas prácticas inspirados en la redefinición que el psicoanálisis hace del síntoma como un lugar de saber, lo cual les ha posibilitado releer algunas manifestaciones consideradas “sintomáticas” en sus respectivos campos, como una escritura críptica a descifrar, lugar de una verdad a desentrañar, de un trabajo a producir. Algunas corrientes de éstas y otras disciplinas, también inspiradas en el psicoanálisis, han revalorizado la escucha como herramienta fundamental de sus prácticas y han constatado los logros insospechados que produce el construir espacios para el decir del malestar.

Esta es la revolución fundamental que produjo el psicoanálisis en nuestra cultura, una revolución que no es de masas, que no masifica; porque, contrariamente, da lugar a la afirmación de las diferencias; no propone otra forma de poder, porque el inédito que introduce en la cultura es justamente un dispositivo que opera sobre los efectos de malestar del poder; no da lugar a la construcción de una nueva cosmovisión, ni contribuye a darle consistencia a la cosmovisión de las ciencias,

⁶ a \$

S2 S1

⁷ S. FREUD. Citado por Gallo, H. y otros. “Estudios con relación al síntoma en la obra de Freud”. Medellín. Ephemeros ed. 1988; 112.

⁸ D. GERBER. “La causa del síntoma”, la cosa freudiana. Nestor Braunstein (comp). México. Fundación Mexicana de Psicoanálisis. 1991; 186.

porque uno de sus hallazgos fundamentales es justamente la incompletud del gran Otro: que el saber no lo puede saber todo, que los amos también están castrados. Justamente, en el reconocimiento de esa inconsistencia del Otro reside la posibilidad de que cada sujeto soporte su propia castración, y asuma las cuotas de soledad que implica su vivir como deseante, sin ceder su deseo en aras de garantías, promesas, chantajes amorosos o demandas de ese Otro social.

EL DECIR DEL MALESTAR

Pasemos, ahora, de las escuchas a los decires. Preguntémosnos por el lugar que ocupan *los decires* del psicoanálisis en el universo de los decires de nuestra cultura. La pregunta es la siguiente: ¿en qué posición está un analista cuando toma la palabra?, o mejor, ¿cuándo es tomado por la palabra?, ¿cuándo expone, y se expone, a las miradas y las escuchas de otros? Ciertamente no está en posición de analista, porque el discurso analítico, como ya lo dijimos, implica el silenciamiento de su propia subjetividad; podemos decir que tampoco está en posición universitaria porque los decires del psicoanálisis no están al servicio de la construcción ni el sostenimiento de poder alguno. Ni mucho menos en posición de amo ya que la función de su decir no es escamotear la castración sino enunciarla y asumirla. Todo parece indicar que cuando una analista se abandona a la embriaguez de su decir (sin ir a contrape lo con su práctica), lo hace desde el discurso histórico, en otras palabras lo hace en posición de analizante.

El ejemplo por excelencia de esto es el texto; *La interpretación de los sueños*, una obra clave en la fundación del psicoanálisis y que Freud consideró siem-

pre como su obra más importante. *La interpretación de los sueños* es un texto expresamente escrito en posición de analizante.

Digámoslo sin rodeos: el discurso analítico en el registro de la escucha, y el discurso histórico en el registro del decir, son los dos discursos congruentes con la especificidad y la significación política del psicoanálisis. Que los significantes del psicoanálisis suelen encontrarse articulados, también, en discursos de amo o en discursos universitarios es otra cosa.

OTRO DISCURSO DEL MALESTAR

Si admitimos que los decires del psicoanálisis se inscribirían fundamentalmente en el discurso histórico, debe ser válida para su producción la fórmula que propusimos para el discurso histórico, a saber, un discurso del malestar. Así entramos de lleno en plano de incidencia política, ya no de la escucha del psicoanálisis, sino de su decir. Esta incidencia política no es la de proponer soluciones o prometer alivio al malestar en la cultura, sino la de darle la palabra, es decir, ser él mismo una escritura de ese malestar. Digámoslo con todas sus letras y en clave política: para cualquier tipo de orden establecido, que un síntoma exista es problemático, que sea escuchado es inquietante, y que de esa escucha se derive un decir es, cuando menos, perturbador.

En un artículo del año 1910 titulado "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", uno de los textos en que Freud desnuda con mayor crudeza los efectos de malestar, producto del poder del saber en nuestra cultura, él mismo advierte cual es su posición respecto de los movimientos de reforma sexual inspirados justamente en sus hallazgos. Dice: "No

*le parecerá mal que los reformadores se sirvan de sus averiguaciones para reemplazar lo dañino por lo más ventajoso"*⁹, deja abierto un interrogante, planteando que "no se puede predecir si instituciones diversas no traerán por consecuencia otros sacrificios aún más graves"¹⁰ y se declara ajeno a toda tendencia con relación a este asunto.

Quizá éste sea el mejor ejemplo para ilustrar lo que veníamos diciendo y señalar que el lugar de los decires del psicoanálisis no es el de los reformadores sociales; pero tampoco el de quienes flamean la bandera de la contracultura y en su nombre entonan el réquiem por las instituciones, y enarbolan apologías del buen salvaje. El lugar del psicoanálisis es, por decirlo así, hacer las veces de amanuense del malestar en la cultura.

El psicoanálisis emerge así en nuestra cultura como un oficio imposible, que construye una escucha para lo indecible y una escritura para lo inaudito. Ni una ciencia natural ni un arte, su lugar social no es ni el laboratorio ni el parnaso; fenómeno insólito que trata los conceptos de la ciencia positiva como metáforas para hablar del amor y de la muerte, y le confiere a entidades poéticas la calidad de conceptos teóricos. Saludado por surrealistas y denostado por positivistas, el psicoanálisis es el lugar de un erotismo escandaloso entre la pasión racional de la ciencia moderna y el amor por lo indecible de la poesía maldita Ψ

⁹ S. FREUD. "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", en *Obras completas*. Buenos Aires. Amorrortu ed. 1979; (10):180.

¹⁰ Ibid.